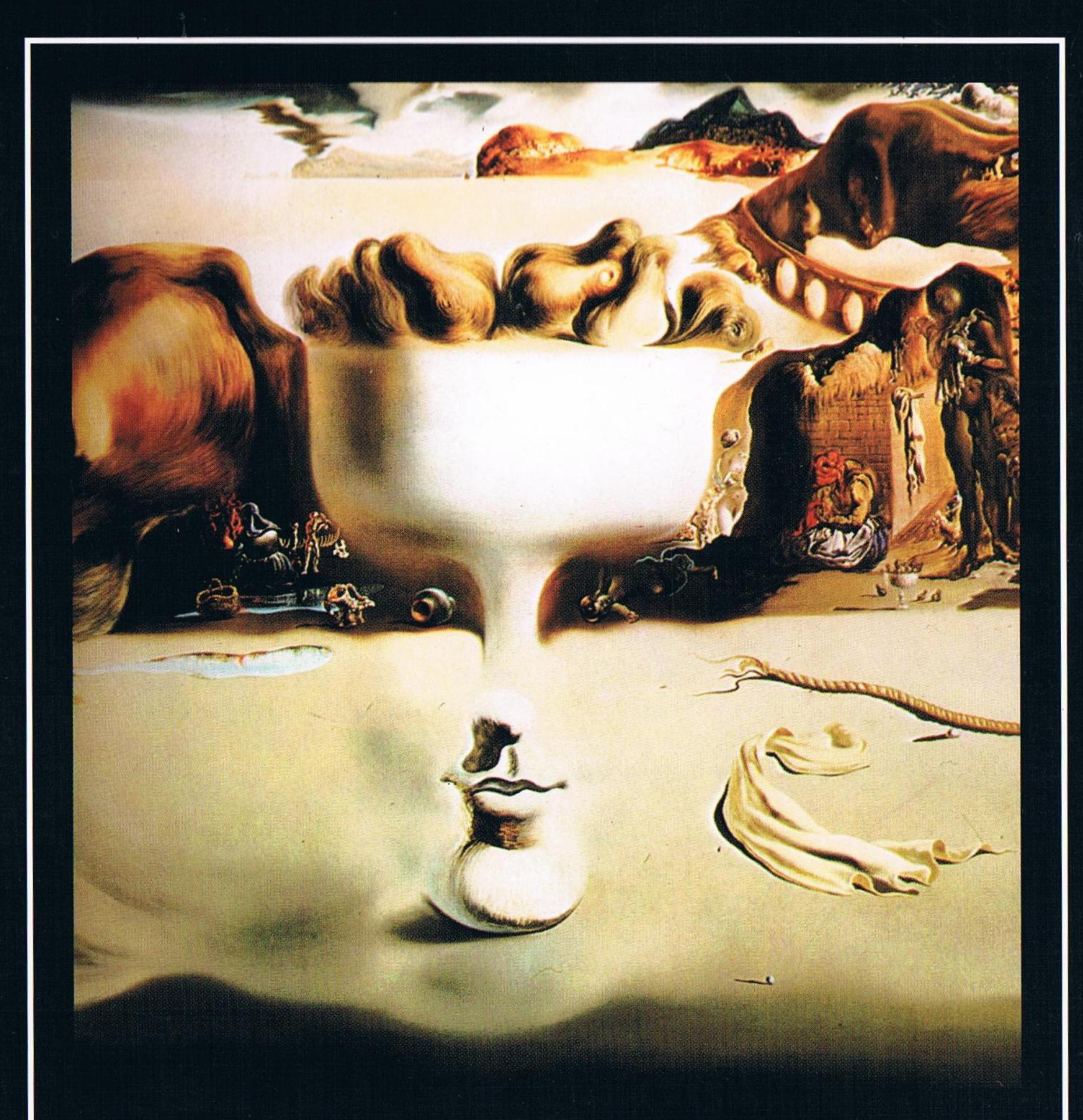
Alfredo María Villegas Oromí

EL VERDADERO NOMBRE DE LAS COSAS

EDITORIAL
Victoria Ocampo



Primer Premio

2do Concurso de Poesía "Alejandro G. Roemmers"

FUNDACIÓN VICTORIA OCAMPO

Alfredo María Villegas Oromí

El verdadero nombre de las cosas

Primer Premio
Fundación Victoria Ocampo
–Argentina, 2010–

Editorial Victoria Ocampo
Buenos Aires / Argentina
Abril de 2010

El verdadero nombre de las cosas

A veces ocurre que el jurado, es decir, cada una de las diversas personas que lo componen, cuando se reúne para elegir entre los originales el libro ganador, se muestra tímido, temeroso de que el texto que ha separado, que le gusta, no haya impresionado a los otros del mismo modo. Y si el manuscrito ha sido preferido por todos, siente una satisfacción semejante a un pequeño triunfo personal, como si el libro ganador en parte le perteneciera. Y, en realidad, le pertenece en la medida en que la poesía, la palabra poética, se comparte y cada uno ve en ella el reflejo de sus propios sentimientos y de sus inquietudes.

Este ha sido el destino de ***El verdadero nombre de las cosas*** de Alfredo Villegas Oromí, elegido por unanimidad. Los temas de su poesía son los de todos los hombres, de todos los que habitan bajo un cielo de niebla y ven el sin sentido de la vacuidad cotidiana, y el amor como una solitaria esperanza. La soledad y *el vado que nos invade* -según lo afirma Eugenio Móntale- habitan los versos: *“... entre la multitud / él anda solo”; 'La sombra se rehúsa y nadie / cobija el fervor de su miseria”.*

La fugacidad de la vida, las pérdidas sufridas: “Un árbol se empecina en la distancia/ y busca /detrás y al sur/ otros árboles / que crecen habitados por el miedo”.

El verdadero nombre de las cosas es un libro que merece ser leído.

María Esther Vázquez

Nota: El jurado estuvo integrado por los poetas Rafael Felipe Oteriño, Antonio Requeni, Ana Zemborain, Jorge E. Clemente y Alejandro G. Roemmers.

"No nacerá la luz que no miremos."

Ida Vitale

I

"...pero existen las rosas, el mar y los trigales."
Álvaro Figueredo

Caigo desde la noche sin decirte más
porque un silencio solo
fue cerrándome hacia adentro.
Ha sido tan alto el viento,
tan fría la huella,
que quedamos sin señas en las manos
como pájaros oscuros.

Y me guardé tu voz,
el eco de tus ojos en la pampa
entre salitrales
de un horizonte abierto.

Sigo sin domar tanta nostalgia,
tanta distancia inmerecida.

La tarde se asoma por la ausencia
y el sol lleva la luz hacia otra parte.

Entonces,
otra vez
vuelve la noche
y el silencio,
y la derrota
de no entender
por qué pierden su rumbo las calandrias.

II

No he de decir el campo
aquella luz, la piedra
al pié del canto en las orillas,
el árbol que fue antes.
No he de decirlo así:
como se cuenta una historia desde afuera
como se habla de otro,
como ajeno,
sino
desde el unomismo que somos con la tierra,
no el paisaje sino uno,
con esa lengua profunda
y mestiza que me adentra
ese verbo enquistado en las entrañas.

Es tiempo de parir tanto silencio
porque es hora de decirlo
y punto.

III

Sobre estas cuerdas pulso los aromas,
aquella flor del monte y ese arroyo
que vuelven en el son de la madera
venciendo revoltijos de nostalgia.

Tu voz se despelleja en la mañana
como esa luz blanqueando la cocina
mientras rezas tu zamba en los acordes
mordiendo el corazón.
                                        Como calandrias
al viento se trenzaron las canciones
que hablan de los hombres de la tierra,
de una herencia en común.
                                        Una promesa
que baja por tus ojos y mi boca
arreändo una tropa de silencios
con el alma encendida en la guitarra.

IV

Alguien sabrá
que la noche nunca es demasiada.

Que los grillos
    no son alma de la luna
    y su cuerda
es hojarasca abierta al horizonte.

Que andamos por ella a la deriva
    como ciertos ángeles perdidos
    que cruzan sin amparo
la soledad preñada de los ecos:
esos candiles encendidos y fugaces
que suelen sorprender a medianoche.

Que no hay que esperar una voz que nos proteja
    sino dejarse estar sin hacer nada.

Ella nos penetra hasta la sangre
y abre en dos el alba que se quiebra,
    para volver a empezar
    una y otra vez.

Una nueva vez
    desde la noche.

V

Es tan larga la noche
                y tan vacía
con sus extravíos de piedras sin regreso
como cuerpos obstinados en la escarcha.

Y eso que la luna no bajó como otras veces
a beberse la luz de la laguna.

Es tan pobre el horizonte entre las sierras
como escasa la tierra en sus heridas.

Ella abruma la intemperie
y el hartazgo
de mentirme claridades en la niebla.

VI

Las horas se fueron apilando
como en un horno inmenso.
Ahora
            y ahora
como un ladrillo más en el instante.
Acurrucadas en unas hojas grises,
en las arrugas de la noche.

En la única,
            en la caída y otra.
Otra que azuza de intemperie el almanaque.

Esa que son todas.
            Y a la vez.
            Y ahora.
Ahora mismo cuando llena los espacios
simultáneamente
            y dice que no existen
sino juntas. Y van
            como gotas sin testigo:
no una vez, y otra, y otra vez
sino una sola. Una única vez.

Aquí. Y ahora.

VII

Un árbol se empecina en la distancia
y busca
        detrás y al sur
        otros árboles
        que crecen habitados por el miedo.

Él sabe que no hay luz en la tormenta,
          que hay pájaros que nunca lo protegen
          que hay voces ausentes en los pájaros
        y cantos que no tienen esperanza.

Pero una vuelta más ha sucedido:
un destello azul fue el eco
        de un cielo sin ocasos,
        de un huerto con sombra,
            una acequia viva,
            una piedra de paz en cada uno.

Y así se vio de lejos otro árbol erguido en horizontes,
        con hojas crecidas en las manos
        y nidos
                y frutos
                        y promesas.

Mañana no habrá riesgos en la lluvia.
El agua se vendrá
                sin desgarrarnos.

VIII

El agua está en la sombra de sus labios.
Alcanza la altura de otra sombra
herida por un hombre que se dice
en las costas larguísimas del río.

Ella rompe sus mínimos espejos
contra el mar guarecido entre las piedras.

Es sudor parido en el placer
                                        o el desengaño,
multiplicados infinitamente
bajo el sol del implacable caserío.

Y cada vez que la muerte la convoca
regresa sin otro sedimento.

Sólo es agua.

IX

Qué es sino la luz
aquello
que se ha ido guardando entre los ojos
como una madrugada, como
beso feroz
                bajo un horizonte suyo.

Qué sino una voz a tiempo
y palabras
                como un grito,
                como un abril con alas
pero sin fuegos que abriguen el otoño.

Qué
sino una herida en el vientre de la noche.

La luz.
           Esa flecha lanzada hacia uno mismo.

X

Solo y en silencio
el viento muerde sus labios entreabiertos.

Abajo,
        bien abajo,
el agua gime entre las piedras
su carga mineral.

Alguien calló la muerte de ese río.
Alguien no quiso saber lo que pasaba.

Un cóndor sobrevuela
las heridas de la sed en los cipreses.

Un niño
        y un huemul
beben la noche sin luz allá en el valle.

Y el viento no pudo acariciarlos.

XI

Se le asienta en los ojos tanta noche,
tanto canto rodado en la mirada
que el frío es sólo parte del paisaje.

Como esos perros que le miran sin moverse,
sin que una voz de mando los azuce,
sin hacer otra cosa que mirarlo
como a un loco,
                        un ciego,
                                        un solitario
que silba bajito mientras tose
y el humo del cigarro lo perfuma.

Él sabe que no hay nada en la ventana,
que nunca vendrá ella a rescatarlo.

Sólo le queda
el hambre insatisfecha de los libros
y una helada espinándole las piernas.

XII

Le concedieron
una mínima parte de la luz.
Aquella que no alcanza para
            develar el silencio de otra muerte,
de esa mano
              quieta y en el aire.

Esa que no es fuego ni palabra
vencida por las velas de la noche
y oculta tras los pájaros dormidos,
mezquina de toda incandescencia.

Sólo esa luz
              anémica le dieron.
Inútil pedirle que se atreva
ya que no es candil
                        ni lo merece.

La sombra se rehúsa y nadie
cobija el fervor de su miseria.

XIII

Un antojo de uvas se le instaló en el brazo.
Una suerte de andamios
                        le clausuró la espalda
y, camino a la vejez,
un dolor reciente acusa las rodillas.

Tales sus señas.

Aunque no dijeron nada de su boca:
ese ángulo adyacente de la noche
por donde pasa aquello que no dice
aunque sus ojos negros lo delaten.

A pesar de sus derrotas,
unos trazos peregrinos afirman su retrato.

Así será su última memoria.

XIV

Las sombras bajan sin su rostro
velando el contorno de otros cuerpos,
mimetizadas en la abundancia de la noche.

¿Adónde irán en el exacto mediodía?

Huérfanas de besos en la boca,
sólo en eso se parecen.

Enmascarados borradores del alma.

XV

"más tarde o más temprano
en cada orilla queda un muerto nuestro"
Luis Rosales

La memoria es un reloj vacío,
un desamor arándome las manos
como un cartílago imperfecto.

La noche dice
canciones infantiles sin retorno.

Nada queda entre las marcas
del agua que se fue.

El viento despabila la penumbra
de una ribera sola.

Aquella casa
fue la puerta de entrada a los olvidos.

XVI

Cada residencia
                dejó su grito al viento:

Un estribo impar sobre la tierra
y un poste mal plantado en la provincia.

Un horizonte abierto a los olvidos
entre tajos de sal en el desierto.

Sementeras a punto de cosecha
trilladas por las piedras de otra noche.

Un llanto en guaraní,
                a media lengua
y una talla que niega la ignorancia.

Cada residencia dejó la voz quebrada
y un dolor con la altura de la muerte.

XVII

El mar trajo consigo el agua gruesa
en una indecisión de pies descalzos.

Entonces
el viento era una sílaba desierta,
un soplo abriéndose hacia el este
como una ciega claridad de espuma.

¿Qué pensará tu piel cuando estás sola?

Sólo estrépitos de mar sobre la arena
allí,
        donde se agrupan los naufragios.

XVIII

Se ha roto el alma de los brotes.
Como ella
– distante y otra –
un murmullo olvidado entre la infancia.
Canto hundido del sol bajo los montes.
Esa deriva ensimismada
de hoja suelta
sobre el río.

Acaso se haya herido algo más:
esa mano que siempre estuvo allí
y ahora no encuentra.

Así entonces,
encarna la orfandad en los abrazos
que no quiere desatar
y se desarma
como una niña muerta a campo abierto.

XIX

Una jauría de soles apagados
fue desgarrando el pecho de la noche.

Y Dios no estaba allí.

No quiso estar.

Aunque supiera.

XX

a María Mercedes

"... y moría sin ruido, cuando mucho
con un temblor de plumas como mueren los pájaros."
Fernán Silva Valdés

Tus ojos no serán
el frío de un invierno para siempre
como todos esos muertos ordinarios
que esperan
quien sabe qué bajo la tierra.

Tampoco serán dueños de la noche
esos labios abiertos
llenándome de piedras.
Acaso sean alas que me besan
temblándome en las manos
como un ángel
como una calandria sola
diciéndome que somos tan iguales
y seguiremos siendo
a pesar de tanta quebradura,
tanta sílaba errando entre los dedos,
tanto corazón rezando
una plegaria inútil.

Porque aquellas dulcedumbres de la infancia
fueron potros galopeando a campo abierto
y no hay Dios
que pueda sofrenarlos.

XXI

Cabalga desnudo
la insoportable oscuridad del caserío.
Grave y azul como los huérfanos.

Porque hay nadie allí.
Nadie.   Tampoco él.

Arañas como dedos
hurgan cada lugar de su memoria.

Y entre la multitud
          él anda solo.

Ajeno a los fantasmas de su mente se endereza,
aunque a veces
le atormente un recuerdo en los rincones.

Cierta escampada humedad cierra la noche.

XXII

Anduvo caminando
con una sombra a cuestas
como un viejo perro gris bajo la tarde;
con sus pies desnudos en la tierra
sin botas ni caballo,
como antes.

Cada tanto
ceñía su faja a la cintura,
hacía a un lado las puntas del pañuelo,
secaba la frente con su manga
moviendo el borde esquivo del cigarro
como quien guarda un grito en otra parte.

El sol le desgajaba la memoria
cayéndole las muertes como sapos.

En ese andar agudo fue perdiendo
aquellas tardes de pesca en el Salado,
las noches,
las cosechas,
las voces mocovíes de la costa.
los ojos que se fueron de las manos,
los grillos insolentes
y el llanto de las ranas en el monte.

También
perdió un desierto allá en la Pampa:
un viento preñado por la seca
y el salitre,
alguna soledad incorruptible
y otros hijos más de los que tuvo.

Así fueron muriendo
las migajas que sembrara en el camino,
el sudor del hacha,
otros hijos
trepando los veranos que se han ido
junto a un mar de noctilucas en enero.

Ahora él aguarda una penumbra,
no ese perro que le anda entre las piernas
sino otra,
verdadera,
terminal.

Aquella que vendrá como la noche
rompiëndo las puertas de la casa,
derrotándole sin misericordia
cuando en mayo se descuelguen las heladas.

XXIII

Hoy decidí otra cosa.
No pienso morirme en el invierno.

Lo haré sin llanto
un día luminoso de febrero
– tal vez un veintidos–
para cerrar aquellas claves de mi nombre.

Será una tarde con sol en las orillas,
a la vera de un río con calor y palometas,
cercado de algarrobos y espartillos.

Me moriré sin vueltas como caen los árboles
con las manos abiertas en la sombra,
con la boca preñada de raíces
y las uñas clavadas en el suelo.

Me moriré sin lluvias atravesando el monte,
casi sin darme cuenta,
como se acaban los muertos.

XXIV

No fueron el espejo
                        ni la sombra,
ni aquella luz que desprendió su suerte
deshuesada sobre una piedra oscura.
Acaso adivinara una silueta
mordiéndole un lugar en su memoria
y no quiso dejarla a la intemperie.

Se restregó los ojos.
                                  El instinto
le descubrió una voz bajo la niebla
orando la liturgia de las horas,
aquella que le marcó la herencia
con un hierro al rojo en sus entrañas.

Y se vio a sí mismo y a esos otros
que lleva cincelados en su rostro

y le tembló la mano al inmolarse.

XXV

Alguien desmadeja como teje
las burdas iniciales de su nombre
en sílabas de salmos inconclusos:
esas cifras menores del ocaso.

Alguien sube por las crestas del olvido
con los páramos servidos en las manos
cuando la noche no es otra
                        que la noche final,
la única que queda.
              Esa terrible noche
                        en la que ese alguien
desbaraja el destino de los naipes
jugando a ser Dios
                        y acaso sea
sólo un hombre
              con el nombre equivocado.

XXVI

Y entonces fue a golpear muy duro al viento
para vengar molinos y pasados
porque ya sabe que amar es otra cosa
que aquella espina,
                    aquel rosal amargo,
aquel ángel dormido para siempre,
ese beso perdido,
            esa imagen
                    que se murió en la foto.

Porque hubo un temporal entre sus ojos
y un arrebato huyendo de su espalda.

Quiso golpearlo hasta que duela,
hasta decirle que jamás,
                    nunca jamás,
desnudará su amor en el otoño.

XXVII

...y el menor de ellos le dijo al padre: "Padre,
dame la parte de la hacienda queme corresponde"
Lucas: 15, 12-13

Y así dejó sus manos extendidas
reclamando los dones
cuando las palabras construyeron una ofensa.

Una a una,
fue contando las monedas
como quien desgrana otro hijo en la memoria.

El sol no quiso ser testigo
y empañó su sombra en el desierto.

XXVIII

a mi padre

Lo abrazó con firmeza.
Con la irrepetible ternura del abrazo
de un padre a su hijo.

Del *Abrazo del Padre*
a su hijo que lo necesita;
del abrazo del hijo
aunque vaya repitiendo las ofensas.

Del abrazo del padre:
que seguirá perdonándolo en sus brazos.
Los del hijo,
que se acerca con los ojos y espera ese refugio.

De los brazos del padre
y del hijo
que se buscan una y otra vez,

y otra y una vez más.

Y otra.

XXIX

Restaurar la inocencia es necesario
aunque circulen filos abismales
y el olvido proponga su abandono.

Imprescindible restituirla,
establecer su pasión sin estridencias
y asumir que mi herrabundia
es tanteo entre densas cerrazones.

Por ella
acusé golpes en horas malheridas,
cuando encerré los pasos
y otras voces apaciguaron el ayuno.

En sus honduras se refugian los asombros,
ojos transparentes,
                todos los besos,
                              las lágrimas
y la insistente mirada del Custodio.

Quiero resguardarla de sus muertes
–con el riesgo de perderla–
porque su vientre guarda estas palabras.

XXX

Es una piedra. Una sola piedra
guarda el nombre
            –no el de Dios–
sino el del Hombre. Ella lo lleva
escrita entre los filos de las lascas.

Abierta,
            ella lo ha visto.

Eterna en la quietud
cierra su párpado en la tarde
            y busca adentro
como buena madre.

Con ese ojo único nos mira.

Ella señala en ese nombre:
            un punto de partida en el desierto.

“Trae la copa,
pues la noche
pronto
llegará a su fin”
Omar Kahiame

HALLARSE

La casa es el paisaje
y no aquellas oleadas de panojas
cuando el mar de agropiro
era otro mar.

No ha sido suficiente haber llegado
si tuve las distancias tan abiertas.

Hice el camino buscando algún lugar
y no es lo mismo.

Ahora,
más que nunca,
debo hallarme.

EL FARO

Es cansancio roto en la bahía,
una llamada erguida entre las rocas.
Y a su alrededor
                                        las cosas y los días
se fueron construyendo con sus ojos.

Si hubo algún silencio entre los pájaros
también hubo insistencia de mareas.

Nadie puede decir
cómo halla el horizonte a medianoche
cuando el mar desangra
otra luna menguante en las orillas.

La luz acantilada sobrevive
porque es piedra aunque se palpe arena.

Entonces,
a pesar del temporal él sigue siendo
el otro lado del hombre,
el regreso,
                              la saeta de una piel.

Una casa encendida en la rompiente.

LA QUERENCIA

Estas latitudes
                son mi residencia
donde el mar se extiende a cada lado:
constelaciones sucesivas
de otro cielo en su piel antigua.

Mi pacto con la tierra se ha cumplido.

Ahora es tiempo
                     del ansia montaraz,
semillas de querencia y vientos desatados.

           La siembra ha sido hecha.

LA OTRA ORILLA

¡Cuánta inquietud anuncia el agua incierta!
Esa lluvia tictaqueando sobre el techo
en la persistencia de una noche.

¿Será una flor silvestre de otra orilla
quien abra los cauces de ese río?

Sigue lloviendo.

La sed descansa en la ribera justa.

La casa

"Faltan aún muchas casas por vivir,
erguidas en la luz, como la música"
Julieta Dobles

Entonces, construimos esta casa
desde donde miro el desorden del mar
y este revoltijo de luna en la rompiente.

Ella nos refugia
cuando no nos alcanzan los espejos
y andamos como pájaros ausentes,
como dioses ajenos sin reposo.

Y no pregunta
dónde quedaron los silencios,
las noches
                y la lluvia.

Así,
arremango las palabras
para no quedar desnudo y sin aliento.

ANTES QUE A NADIE

Después de todo
                    se hizo la noche
y nunca me alcanzaron los abrazos.

Aún así. Antes que a nadie.
Espero.

Porque el amor te nombra.

DE OTRA MANERA

Horadé con iniciales
fecha y vanidad en las cortezas
de una palabra exultante de magnolias.

Ningún compás talló las horas,
                              las esperas.

No te busqué
               en música de sábado
ni en la orfandad de las cartas.

Y si para ellos son éstas
                    posibles señales del amor,

entonces,

no te habré amado jamás a su manera

LAS TARDES Y EL ESTE

Por retumbos de mar
                                        van las tardes y el Este.
Como sueños perdidos de unos peces errantes
entre médanos vírgenes y rompientes ajenas.

Bajo un sol que cae más allá
y asoman,
               apenas,
                        nubarrones heridos:
pájaros que enlazan su voz
a las voces del mar.

Un estruendo de orillas son sus pies en el agua.

Esas huellas me llaman
                                          desde el este del viento.

TIEMPO DE ALABANZAS

¿Será esta claridad tan despejada como creo
o vendrá con amenazas de tormenta?

Abril es tiempo de alabanzas.

Entonces beberemos
prestándonos los labios sin apuro.

Un vino maduro nos aguarda
sin temores de naufragio ni imprudencias
aunque el alba esté dormida.

Mientras tanto,
voy mirándote a los ojos
como quien busca su rostro en un espejo.

FOGÓN ENCENDIDO

"Como una estatua que no estuvo nunca
permanecí en el patio"
Juan Silva Vila

Estos ritos de agosto en la madera
convocan a los duendes de la casa
encendiendo un rumor en las ventanas
y las voces ocultas en la leña.

Es húmeda la tarde, y tan austeras
las hojas del pindó, de la araucaria
que desnudan el musgo de las lajas
y muestran viejas marcas en las piedras.

La lluvia desafía los silencios
habitantes del patio y los altillos:
los pasos de una voz entre las sombras,

el canto de un zorzal en el invierno
y tantos, rescatados del olvido,
por el fuego abrasado de la fonda.

Ahora

Quiero alzar las manos
para que la noche no sea un desperdicio.

Allí adelante
hay un repecho que me anima
a subir la voz,
            a bajar el día
y a esperar
que mañana me acariñes,
                    como ahora.

ESTE POEMA

¡Quién te leyera
desnuda
este poema!

¡Quién te leyera este poema
desnudándolo!

Escucha:
la palabra
se deshoja.

Y vos,
desnuda.

OTRA VEZ EL ESTE

Si he de elegir prefiero
tus aromas de pradera
y tierra húmeda.

Ese aliento de lluvia,
la hondura de tu piel en viento norte
que trunca el horizonte ahí nomás.

Porque si he de elegir
elijo a esa muchacha
sin oficio de mujer bajo la luna,
encendida de mar
y apenas fugitiva en arenales
cuando nada nos encubre.

Y somos.

UNA MUJER

"...me duele una mujer en todo el cuerpo"
Jorge Luis Borges

Una mujer me llega y me desarma
con el vientre sin pausas y sus piernas
marcándome silencios en la nuca,
despeñándose en besos por mi espalda.

Una mujer me sabe de memoria,
con paladar alerta y sin respiros,
pulsando cada esquina de mi cuerpo
sin hacer la más mínima advertencia.

Una mujer se duerme a mi costado
como duermen las hembras de su raza.

Aunque aparentemente inofensiva.
esa mujer es ángel y guerrera:
seduce con su voz mientras esconde
un puñal y un amor bajo la almohada.

"Nunca nombrarla, nunca.
Ni callarla siquiera.
Solamente crecer de sus raíces
con asombrado llanto."
María Elena Walsh

I

Si al volverme sombra
alguna vez
              (acaso una)
pariera el fruto
de un verbo entre mis manos.

II

Se han abierto costados en su sangre
cada vez que armó sus labios
con un grito
de la palabras verdaderas.

Aquellas que estuvieron más allá,
en las voces necesarias de su nombre.

III

Hay hombres que buscan osamentas,
oros,
        eternas juventudes y milagros.

Soy de aquellos que rastrean las palabras.

Ellas aguardan
            entre borradores
                    pero vivas.
Saben que a menudo me distraigo.

Aunque no griten,
apenas tironean de mis dedos
cuando ven que las ojeo con desgano.

A veces
        alguna se enfurece
                    y resiste el descarte:
sus letras levantan los remiendos.

Por suerte no las rompo,
                    las retuerzo
pero nunca las ignoro cuando llaman.

Entonces ella sube por mis manos
y salta,
        suicida,
                hasta el papel
Esperando que esta vez no se desnuque
y cumpla su misión de ser Palabra.

IV

¿Por qué danzan las sombras en el muro?

En esta oscuridad
                    la incertidumbre es luz,
burla en los espejos
que miënten figuras deformadas
en un ir y venir sin horizonte.

Y es lo que hay,
                    lo que parece y
aquello que nos obliga a recorrer
tantas palabras y no sé
si esos fantasmas en el aire son la idea
o si en verdad,
son ellas el mundo que nos piensa.

V

El tiempo se ha vencido en los estantes
bajo el peso inusual
de tantos borradores.

Palabras por decir
en el fondo del espejo.

La biblioteca descarna poemas entre el polvo.

VI

Existen palabras que no deben ser escritas,
siquiera pronunciadas.

Ellas son para dolerse,
              para sufrirse mucho:
                            uno consigo.

De sólo pensarlas
aparecen con su fervor de fragua
desolando las sombras.

Las innombrables.

VII

"Y no llegó nunca a saber si era
el genio más sublime o el mayor
mentecato de la tierra."
Virginia Wolf

Inútil invocarla.
            Ella sola
desalienta los empeños de la noche,
como vaso herido
            fustiga la sed sin merecerla.

Siquiera fuese el látigo a destiempo.

Y no.
Es vano de una puerta deshojada,
el frío de unos labios
            despuntando el horizonte.

El polvo se atonta sin sentido
cuando ella se gasta en sus intentos.

Aún aquí,
            en el verbo que no puedo terminar.

VIII

Ella anduvo rondando
con las claves perdidas.

Por pasajes sin viento,
de humedad en las entrañas.

En pellejos de tierra se conjura la noche
contra el sol de otra tarde.
resoplando en mi nuca.

Ella anduvo rondando
y no puede.
No puede.

IX

Creyó que su nombre estaba escrito
pero la luna de agosto le negó la entrada.
No hay quien pueda sobornar la luz
con un pedazo de metal sin fondo.

Ni siquiera ella,
con su falda abierta sobre el agua
y el reflejo de la noche entre sus manos.

Precisamente nadie,
como ella,
porque la muerte es una anónima infinita.

X

El aura
contempla el desamparo de los rostros,

El frío agazapado en las praderas
y otras agonías,
como la lluvia,
ahogan los pájaros de agosto.

Una sombra de barro
va multiplicándose a sí misma hasta romperse.

Aunque nadie la busque,
ella sostiene
sus ojos clavados en el hombre:

ese aliento de un dios en el exilio.

XI

Veo sin mirar el paisaje inmediato:
alas rotas derramadas sin sentido
sobre plumas y papeles
              exánimes y azules.

Alguien clama por el agua que no tiene
cuando el verbo
              es implacable aún en sus dudas.

Sin embargo,
              allí me aguarda
ese verso
que da vueltas y vueltas sin quejarse.

XII

Fue sin querer.

Alguien pudo hallar aquel cuaderno
habitado por letras confundidas.

Abrieron un rumbo entre las hojas
buscando
la memoria de toda incertidumbre.

Aunque algo se demoren,
ellas conocen el camino de regreso.

XIII

Te he desagarrado
                    boca a boca
deshojándote
con el hambre de un lobo mal herido.

Y no pude encontrar esa palabra.

XIV

Ellas guardan el verbo y la belleza,
la sangre y el amor. Son el deseo
de labios encendidos contra el viento
y brotes entreabiertos en las piedras.

Es la rosa de fuego y la promesa.
Aquella Rosa Mística del sueño.
Esa que un niño cuida del cordero.
La rosa blanca y roja: Rosa Eterna.

Una Rosa Profunda: la de Borges
o aquella que en su cuerpo está la historia
de una muerte y un hombre y otra rosa
perdida entre las señas de su nombre.

Mujer: guerrera, cortesana o diosa.
Todas ellas son una misma rosa.

XV

"¿Por qué la mano traza palabras en la noche
que nadie puede oír?"
Rubén Balseiro

Tal vez
la palabra sea una tregua
que nos dejan los ángeles oscuros
cuando ya no hay lumbres en la noche.

Otra es la música
si el verbo se incinera entre las piedras.

A hierro vivo
            ella sube por la fragua
y enciende los candiles
            y los soles
            y los labios
y nada queda más allá de un nombre,
apenas el aliento de una voz
            mordiendo las cenizas
            con un beso en la frente.

Entonces,
        es ella la palabra que nos salva.

EL VERDADERO NOMBRE DE LAS COSAS

"...Si (...) / el nombre es arquetipo de la cosa
en las letras de rosa, está la rosa
y todo el Nilo en la palabra Nilo."
Jorge Luis Borges

Mansa la lluvia.
                    Ella me dicta
el verdadero nombre de las cosas
entre el gris absoluto de la tarde
y esa nostalgia que se sabe adentro.

Nadie las llama. Nunca se han ido.
Y así, cuando la lluvia se aparece,
arranco las palabras de mis manos.

Tu voz se pierde en el celaje.

Entonces,
              quedo mirando
un aguacero que acobarda ausencias
y el horizonte:
                    ese lugar que guarda
el nombre verdadero de las cosas.

Mansa la lluvia que se va conmigo.